

En domingo

Su vida reside en el territorio de la esperanza. Es la última frontera a la que acuden y en la que a diario se despiertan los 450 enfermos de la Comunidad Valenciana que están a la espera de un trasplante. Para cincuenta y cinco de ellos, la llegada de un órgano histocompatible representa un sí absoluto a la vida, estando como están en la orilla de vuelta; para los 395 restantes es mejorar en calidad cotidiana y no tener que vivir sometidos a la dictadura de la diálisis. La consigna es que estén muy atentos al teléfono, sobre todo los fines de semana y los puentes, que es cuando se puede producir la llegada de un órgano y comenzar, entonces, esa nueva vida a la que tanto esperan.



Alcázar Fernández y Antonio Castro, en la máquina de diálisis, que frecuentan cada dos días para eliminar los líquidos que por sí mismos no pueden porque sus riñones están fosilizados.
FOTO: ALBERTO SAÍZ

Pilar G. del Burgo

■ VALENCIA

Es muy lamentable estar pendiente de que alguien se muera para que tú ahí, para mí es muy fuerte, yo no lo quiero, me duele sólo de pensarlo y me digo: si más o menos voy tirando, aunque tenga que estar enganchada a la máquina, no quiero que nadie tenga una accidente, pero cuando se lo digo al médico me responde que ni lo sueñe, que todavía soy joven y que si llega uno que me vaya bien será para mí», confiesa Alcázar Fernández Moreno, una jienense de Rus, de 53 años, que lleva ya 34 afincada en Valencia.

Su vida comenzó a complicarse en marzo del año pasado, cuando entró en diálisis. Tenía una poliquistosis hepatorenal (en hígado y riñones), una enfermedad que según le indicaron era hereditaria, pero que nadie antes la desarrolló en su familia. A los cuarenta años, el rumbo de la enfermedad la convirtió en prisionera de la vida. Comenzó a sentirse mal y a partir de ahí inició una larga década de tratamiento farmacológico muy fuerte. «Me fatigaba, me cansaba, tenía mucha anemia, estaba muy débil, no podía hacer frente al día tras día, en marzo del año pasado entré en tratamiento de diálisis y en agosto, en lista de espera para trasplante de un riñón». Bastaban dos razones: unos riñones que ya no funcionaban y que ella está considerada como una paciente muy joven para la medicina.

Continúa en la página siguiente

A la espera de un trasplante

6/7 ENTREVISTA

Pepón Sigler

«El dinero invertido en la Ciudad de la Luz debe revertir en el cine valenciano»



4 SOCIEDAD

La mansión de las fragancias

Una casa, decorada por Pascua Ortega, en la que el aroma es el protagonista

5 LITERATURA

«Flor de mayo», de Blasco Ibáñez

El Cabanyal-Canyamelar, la verdadera Valencia litoral tal como era hace ciento diez años

A la espera de un trasplante

Viene de la página anterior

«Me dijeron que con un trasplante podía vivir bastantes más años y sin estar enganchada a la máquina, que es un vivir muy condicionado porque ni puedes beber, bueno, solo puedes beber muy poquito líquido, porque como todo lo que bebas luego la máquina te lo tiene que quitar», explica Alcázar, que ha decidido llenar su vida de actividades para erradicar preocupaciones. Ella, como el resto de enfermos dializados acude tres veces por semana, en sesiones de tres a cuatro horas, a conectarse a ese riñón artificial que le limpiará la sangre.

Cuenta Alcázar que cuando llega con kilos de más, a las dos horas de finalizar la sesión le arrebatan un bajón, le sobreviene angustia, mareos, vómitos...

«Solo te trasplantan un riñón, porque con uno ya se puede vivir. ¿Para cuando? —se pregunta—, No se sabe», se responde a sí misma y explica que hay una lista muy grade y que el riñón que le implanten tendrá que ser el adecuado por el tamaño y por las conexiones. «A veces —confiesa—, te desanimas porque hay mucha gente en diálisis, más de la que parece... hace poco, a una chica que llevaba ocho meses en diálisis la llamaron para el trasplante y ya está, llegó uno que era para ella y la llamaron», explica Alcázar que recuerda lo que le dijo el coordinador de La Fe cuando le comunicó que entraba en lista de espera: «puede ser un día, un mes o años, pero siempre tienes que estar localizable».

A la pregunta de si se ha planteado que el riñón se lo done un familiar, responde que no, «porque antes sí que solía comentar, pero no puede ser porque ellos pueden tener un problema y entonces, es peor; Mi marido se ofreció: si puede ser, te lo doy, pero no».

EL OPTIMISMO DE ANTONIO. Antonio Castro, de 61 años, residente en Alaquàs, lleva una año en lista de espera para que le implanten un riñón. Compañero de diálisis de Alcázar en el centro de Aldaia, la enfermedad se la detectaron por los ojos, a raíz de una inflamación del iris, pero la infección no la tenía en los ojos, ni era reuma, sino fallo renal y además de los dos. También Antonio estuvo durante once años de durísimo tratamiento médico para ayudar a esos dos órganos con forma de alubia grande a que realizan bien su trabajo, hasta que no pudo más y tuvo que pasar a la máquina. Fue en octubre de 2003 y en mayo del año siguiente ya había superado la larga batería de pruebas para saber si era apto para el trasplante.

Como enfermo de diálisis tiene absolutamente prohibido el chocolate y los frutos secos. Los ali-



Marifé Collado, de Quart de Poblet, enferma de cirrosis biliar, a la espera de un trasplante de hígado. FOTO: ALBERTO SAÍZ



Antonio Sahuquillo es uno de los 18 enfermos de la Comunidad Valenciana que están a la espera de un trasplante de pulmón. FOTO: MANUEL MOLINES

mentos con fósforo y potasio se convierten en veneno para ellos. Su calidad de vida es «muy restringida». Asegura que de viajes, ni uno, pero eso no le hace mella y se considera muy buen enfermo, «con mucho optimismo, creo que las cosas van en función de como te las tomes mentalmente y hay

que echarle mucha filosofía, porque si en esta situación eres pesimista no sales adelante y yo confío en que no me va a tardar mucho en llegar el riñón y que pronto acabaré con la máquina».

Explica Antonio Castro que la diálisis desgasta mucho el corazón, «te pinchan con agujas muy

Marifé espera un trasplante de hígado y añade que le gustaría conocer a los familiares del donante para darles las gracias, «porque gracias a ellos podremos vivir los demás».

gruesas por las que tiene que salir toda la sangre del cuerpo para que se limpie, en un circuito que dura cuatro horas». Su principal objetivo es estar físicamente lo mejor posible para cuando llegue el trasplante. El paciente destaca también que en este duro proceso ha contado con el apoyo de toda su familia, «y sobre todo de mi mujer, que es la que hace tirar adelante de una forma maravillosa; si no fuera por ella, no estaría en las condiciones en las que estoy, es mi enfermera, mi cuidadora, un todo terreno...».

El paciente resalta que la donación del riñón no es como la de un corazón, porque el órgano aguanta un poco más después del fallecimiento. Y al recordar que el pasado jueves, uno de junio, fue el Día del Donante, reclama una mayor conciencia ciudadana, «porque los órganos que no sirven para nadie pueden salvar muchas situaciones anómalas que hay en este país».

LA CULPA NO FUE DEL ALCOHOL. Marifé Collado Perea sólo lleva un mes y medio en espera de un nuevo hígado. «El médico me dijo que me fuera mentalizando, que lo que yo tenía era para trasplante», comenta. Tiene 43 años, vive en Quart de Poblet y su vida ha sido un sendero abrupto de sufrimiento, con dos matrimonios fallidos y toda la gama del maltrato. Le diagnosticaron una cirrosis biliar. «Me notaba muy cansada, pero lo achacaba al trabajo; fui al dermatólogo porque me salieron unas manchas y luego al ginecólogo que me dijo que dejara de beber y le respondí la verdad, que yo el alcohol no lo había probado en la vida, vamos, ni una cerveza». De hepatitis rara pasó a cirrosis biliar.

A la pregunta de si creía que se había puesto enferma de lo mucho que sufrido, Marifé contesta: «no lo sé, aunque siempre he dicho que el que bebía era él y la que lo estoy pagando soy yo».

Con el primer marido duró seis años. Empezó a pegarle y embarazada ya de su segundo hijo, un día en el que «le entraron las venas de loco, me pegó una patada en la barriga y aborté... Sí, yo he pasado mucho». A los tres años de separarse, conoció al segundo esposo con el que ha vivido dieciséis años y con el que perdió lo que le quedaba de autoestima. La separación

le ha sentado tan bien que sin querer ha perdido 30 kilos y segura que está «como nunca».

«El primer día que me dijeron que me iban a trasplantar se me puso un nudo en la garganta, salí llorando de la consulta y pensé 'si me muriera ahora, sería la persona más feliz del mundo' pero luego fue a la asociación de trasplantados y a La Fe y ahora tengo muchas ganas de vivir».

Marifé recalca el gran apoyo que ha recibido de su familia, «que han estado siempre ahí, conmigo, apoyándome en todo», su hijo, su madre, sus hermanos... «Psicológicamente tengo bajadas, pero como tengo mucho sentido del humor me río de misma, me he echado unas amigas y todos los viernes nos vamos al baile y aunque estoy enferma, me encuentro mejor que antes», comenta.

La paciente asegura que aunque la operación le da miedo, ya tiene ganas de que llegue. «Me han dicho que mi vida cambiará al cien por cien y estoy ilusionada, me apetece cambiar el 'chip' y salvo el enorme cansancio que tengo, de espíritu me encuentro muy bien... antes no me miraba en el espejo y, desde que me separé, he empezado a vivir otra vez».

Cuenta Marifé que si le pasa algo, «que sea en la mesa de operaciones». Y añade que le gustaría conocer a los familiares del donante para darles las gracias, «porque gracias a ellos podremos vivir los demás».

TREINTA Y SEIS AÑOS DE FUMADOR. A Antonio Sahuquillo, de 53 años, residente en Valencia y comercial de productos sanitarios, le pesa horrores haber sido un adicto al tabaco durante 36 años. Ese maldito hábito, en el que se inició a los catorce años, ha estado a punto de arrancarle la vida, tras sufrir tres neumotórax seguidos hace un año. Cuando dejó de fumar ya no recuperó la salud, sino que empeoró y además de manera galopante. Entonces desarrolló una enfermedad pulmonar obstructiva crónica (EPOC). Comenzó con los broncodilatadores y así aguantó un tiempo hasta los neumotórax. «Son burbujas de aire en los pulmones, que revientan y el pulmón se comprime; tuve tres en un mes, me determinaron que tenía poca capacidad pulmonar y me pusieron en tratamiento de oxígeno, entre 15 y 18 horas al día».

A Tony le preguntaron si daba el consentimiento para someterse a un trasplante de pulmón, «me hicieron todas las pruebas: cateterismo, desintometría, electro... y decidieron que sí, porque yo con la edad que tengo lo que quiero es mejor calidad de vida; desde el 18 de agosto del año pasado estoy en lista de espera».

Desde entonces ha tenido dos llamadas fallidas de La Fe para entrar en quirófano. La primera fue el 15 de diciembre. «Me dijeron que fuera, que había unos pulmones y estando de camino me volvieron a llamar y me comuni-

La Comunidad Valenciana tiene posiblemente la tasa de donación más alta del mundo, con 36,5 por millón de habitantes, dos puntos por encima de la tasa nacional.

caron que los pulmones no estaban bien oxigenados».

«La segunda fue a las cero horas y un minuto del uno de mayo pasado. Ya estaba en La Fe, lavado, rasurado, en la camilla y preparado para bajar al quirófano cuando me dijeron que no podía ser... Suele ocurrir, hay pacientes que han estado cuatro y cinco veces a punto y al final... no se ha podido implantar porque el pulmón es un órgano que se estropea muy rápidamente». No obstante, afirma que ahora está más animado, «pero me quedé deprimido porque lo que deseas es que cuan-

to antes pase, mejor, pero hay que seguir teniendo ánimo y paciencia y aguantaré, lo importante es que los pulmones que me pongan sean buenos y resistentes».

Antonio Sahuquillo es uno de los 18 enfermos de la Comunidad Valenciana que están a la espera de un trasplante de pulmón, veinte más esperan un hígado y ocho, un corazón. Y luego están los niños, dos de 7 y 14 años que necesitan un trasplante de hígado y otros cinco más, un nuevo riñón.

La Comunidad Valenciana tiene posiblemente la tasa de donación más alta del mundo, con 36,5 por millón de habitantes, dos puntos por encima de la tasa nacional.

Desde que en el año 1979 se hizo en la Comunidad Valenciana el primer trasplante en La Fe y hasta el 31 de mayo de este año se han realizado en total 3.101 trasplantes de riñón, 1.169 de hígado, 453 de corazón, 272 de pulmón, 12 de páncreas-riñón y 24 de corazón-pulmón.

Datos facilitados por la Consejería de Sanidad dan a conocer que a los cinco años del trasplante, la supervivencia es del 93% para los de riñón; del 60% para los del hígado, del 67% para los del corazón y del 43% para los pulmonares.

Con un nuevo corazón

El código cero de trasplante, que indica que el paciente se encuentra ya en el límite de la vida, sólo se aplica para el hígado y el corazón. En pulmones se habla de enfermo preferente. Francisco Campanón, vecino de Catarroja, volvió a la vida hace diecinueve meses y diez días. «Hace veinte meses estaba en código cero, en coma, estaba esperando que llegara la muerte o un órgano y llegó el corazón que me salvó». De las dos semanas últimas en coma con su viejo corazón no recuerda nada, «en ese momento te mueres y no te enteras», recalca. Empezó con una miocardiopatía dilatada, el bombeo del corazón empezó a fallar y los síntomas se presentaron de golpe. Pero le tocó aguantar cinco años. En junio de 2003 el deterioro se aceleró e ingresó en La Fe a esperar el corazón que no llegó hasta el 27 de octubre.

«Me abrieron, me rompieron las costillas y el esternón para poder trabajar y eso duele luego y al día siguiente de la operación me desperté y recuerdo que tenía hambre», expresa. De entonces para acá ha empezado a vivir una vida real, sin prisas, con el deleite de las pequeñas



Francisco Campanón.
FOTO: LEVANTE-EMV

cosas. «Estoy fantástico, tengo mis limitaciones, pero estoy muy bien y es muy importante el apoyo de la familia porque te llena de ganas de vivir».

Ahora se toma 16 pastillas diarias y asegura que la vida le ha cambiado mucho.

«Antes te irritabas por cualquier cosa y ahora ya no; disfruto mucho más de la vida, veo a mi mujer y a mi hija y antes no porque estaba todo el día trabajando, ahora les puedo dedicar todo el tiempo, porque ellas me lo han dedicado antes a mí, cuando las necesitaba».

«Estoy muy contento de estar vivo, he visto la muerte venir y acercarse, estaba en la esquina y si sigo vivo es porque alguien donó su corazón», expresa. ■ P. DEL BURGO



Tiempos de incertidumbre

Tiempos extraños corren en nuestro desparejamente poblado planeta.

Tiempos de incertidumbre y de angustia, tiempos de injusticias y de guerras, tiempos de violentos atentados y de asesinatos justificados por vaya a saber que absurdos argumentos.

Sin embargo son también y afortunadamente, tiempos de más conciencia colectiva, de más inquietud por el prójimo, de más coraje y más creatividad. Tiempos de todos los que pacíficamente dijeron que no a la violencia de la guerra o reclamaron golpeando cacerolas para despertar de su sueño a los que dormían de espaldas a la gente o se movilizaban por miles para limpiar las costas embreadas de Galicia o simplemente trabajan durísimo cada día para sostener su dignidad y la de otros.

Tiempos digo de más claridad para los que aprendimos que apostar al desarrollo personal es inseparable de trabajar para el respeto mutuo, el valor de la familia o la importancia de lo colectivo.

Dos caras de una sola moneda; una realidad que por un lado parece confirmar el agorero pronóstico de los fatalistas que sostienen que finalmente el hombre acabará con todo y con todos y que por otro nos deja entrever pinceladas de genialidad solidaria, de renuncia a los propios intereses y vidas enteras consagradas a misiones encomiables. Ejemplos vivos de aquello que alguna vez escuchamos de boca de la mismísima Madre Teresa de Calcuta; que la ayuda y el trabajo para otros también puede sostenerse por el mero placer de sentirse útil, sin ningún otro rédito.

¿Habrà algo que se pueda hacer, para conseguir que esta moneda caiga más frecuentemente con la cara noble hacia arriba? Yo creo que sí.

Se llama: Educación. La educación en todos sus sentidos y significados, en todas sus dimensiones y en todas las latitudes representa la única posibilidad futura de supervi-

encia de la especie humana.

No hablo sólo de aprender a leer y escribir, aunque hablo también y sobre todo de escribir y de leer. No es un secreto que más del 80% de los presos condenados de todas las cárceles del mundo, son analfabetos o casi analfabetos.

Educación significa evolución; y evolución significa desarrollo humano, individual, familiar y social.

Educación es el forzoso pasaporte al crecimiento de las personas, de los grupos humanos y de los países.

Cuentan que...

La educación depende de nosotros mismos, desde el momento en que decidimos tener hijos, desde la decisión de la escuela en la cual empezarán a educarse, desde la elección de lo que leemos y de a quién escuchamos; pero sobre todo desde la activa participación docente que como padres y como integrantes de la sociedad debemos tener

En un laboratorio de experimentación biológica hay dos grandes peceras llenas de cangrejos.

Una de ellas tiene una tapa de vidrio, que la transforma en una caja casi herméticamente cerrada, la otra que contiene aparentemente iguales cangrejos está abierta.

Un visitante del centro de Investigaciones pregunta al experimentador por qué está tapada la pecera de la derecha. El experimentador contesta que si no tuviera la tapa los cangrejos escaparían y sigue:

—Tarde o temprano los cangrejos descubren que subiéndose unos encima de otros pueden hacer una escalera viva por la cual todos pueden trepar y escapar del encierro de uno en uno. En 24 horas estaríamos buscando cangrejos por todo el laboratorio.

—Los de la otra pecera nunca descubren esa manera de salir? —pregunta ingenuo el neófito y el investigador le explica:

—Claro que la descubren. Esta en la esencia de su especie buscar y explorar toda manera de recuperar su libertad.

El visitante pregunta intrigado: —Por qué entonces no escapan los cangrejos de esta pecera.

—Esos cangrejos —explica el científico— a pesar de tener las mismas capacidades potencia-

les de sus hermanos, son muy poco evolucionados. Cuando la escalera está armada también los cangrejos de abajo empiezan a trepar por ella, como es de esperarse. Sin embargo cada vez que uno de ellos llega al borde, alguno de sus compañeros lo tira para abajo para que no sea el primero en escapar.

La responsabilidad alrededor de la educación no puede ser delegada solamente en los maestros, solamente en los dirigentes de las organizaciones intermedias, ni solamente en los organismos oficiales. La educación y con ella nuestra evolución depende sobre todo de nosotros mismos. Desde el momento en que decidimos tener hijos, desde la decisión de la escuela en la cual empezarán a educarse, desde la elección de lo que leemos y de a

quién escuchamos; pero sobre todo desde la activa participación docente que como padres y como integrantes de la sociedad debemos tener.

A esta responsabilidad habrá que sumar la de la activa participación que la ley nos confiere al ponernos a cargo de elegir a nuestros gobernantes y por ello al hacernos responsables de demandar de ellos toda la ayuda y atención necesarias para los programas educativos de la comunidad y para nuestro entrenamiento social que es parte de la evolución que necesitamos, cada vez con más urgencia.



ILUSTRACIÓN: ELISA MARTÍNEZ



Interior de la Maison du Parfum, en su tienda de Valencia, decorada por Pascua Ortega.

La casa de las fragancias

Levante-EMV ■ VALENCIA
FOTOS: LEVANTE - EMV

El olfato es el sentido que más se fija en la memoria. Por eso son los olores los que más conducen a los recuerdos de la niñez: el jabón de Marsella, el almidón de la plancha, las galletas en el horno... Con esta máxima y la de que, si la vida se vive con los cinco sentidos, los aromas son una parte básica en cualquier ambiente, nace Maison Parfum, una iniciativa sensorial del conocido grupo Puig que, sumada al estilo de Pascua Ortega y contando con una «nariz» experta, Ramón Monegal, acaba de desplegar sutilezas en Valencia.

Como su parisién nombre indica, la Maison Parfum, no está planteada como una tienda corriente, sino que reproduce una vivienda real, con sus distintas estancias. Así, uno puede percibir la tierra húmeda después de la lluvia en el jardín, la leña ardiendo en la chimenea del salón, el pastel de vainilla y chocolate en la cocina, el algodón de azúcar en la habitación de los niños, cuero y cera de abeja como emanando del sofá de las tertulias, el aroma salobre del mar de las vacaciones de verano desde la terraza...

La idea es encapsular en distintos formatos los olores sencillos, casi olvidados. De esta manera, se ha rescatado medio centenar de fragancias que buscan crear atmósferas envolventes y en muchos casos relajantes: aro-

El grupo de perfumes Puig ha abierto en Valencia una «Maison Parfum», la casa de las fragancias donde el aroma es decoración. Olores rescatados del pasado, que evocan la leña de la chimenea al algodón de azúcar, galletas y mermelada o el jabón de Marsella.



La Maison, en Conde Salvatierra.

ma a hierba recién cortada, brisa marina o lavanda en el dormitorio y agua fresca de cítricos en el cuarto de baño.

En un mundo de sutilezas, cada aroma se asocia a una estancia, a un recuerdo, a una sensación. «No hay que dar por terminada la decoración de una estancia hasta que no se ha encontrado la fragancia más adecuada para perfumarla». De esta manera decoró Pascua Ortega la primera Maison para

Puig en Madrid y Barcelona y ahora la de Valencia, en pleno Eixample, en el número 25 de Conde de Salvatierra.

¿Qué puede encontrarse en la casa de los aromas? Aceites aromáticos creados a base de rosas de Bulgaria, sándalo de la India, bergamota de Túnez o lavanda de Provenza. Esencias 100% naturales. Y velas perfumadas elaboradas con cera de abejas como se hacía en la Edad Media con técnicas que, en algún caso, datan del siglo XII. Además, hay todo tipo de complementos decorativos como quemadores de incienso, portavelas, jarrones para mikados, etcétera. El mismo perfume puede ser diferente según el soporte.

El «recolector» de todas estas fragancias es Ramón Monegal, creador por ejemplo del Agua de Rosas de Adolfo Domínguez, que se ha formado en Grasse, la cuna del perfume en el mundo. Esta «nariz», nieto e hijo de perfumistas, explica que su estilo está muy cercano a la naturaleza. «Me gusta lo moderno, pero con una parte extraída de la naturaleza. He querido recuperar las composiciones naturales para el hogar, basadas en aromas familiares que parecen casi desaparecidas de la perfumería», señala.

Perfeccionar una fragancia puede suponer un año, a veces dos, de trabajo. Los maestros perfumistas realizan miles de pruebas en sus ateliers para llegar al producto definitivo. La memoria olfativa de una «nariz» experta es capaz de distinguir cientos de olores y relacionarlos con un instante vivido o un recuerdo. «Mi imagen olfativa más idílica es una siesta bajo los naranjos», y reconoce que «tengo fijación con este árbol, su fruto y todo lo que le concierne». Más mediterráneo, más valenciano, imposible.

«Si nos gusta que el perfume nos acompañe en el cuerpo— así resume Monegal la iniciativa— ¿por qué no vamos a querer rodearnos de fragancias exclusivas en casa y embellecer nuestra vida cotidiana?»



En la «Maison» pueden encontrarse desde velas y sacos con potpourris y todo tipo de perfumadores más o menos tradicionales (como los que se encuentran sobre estas líneas, de fieltro) hasta conos, bastones de incienso y mikados, que evocan aires orientales. También hay esencias puras, difusores de bombilla y agua para la plancha con aroma.

Imagen de la pesca del «bou», una de las artes de pesca tradicionales valencianas ya extinguida y descrita por Blasco en su novela *Flor de mayo*. Bajo estas líneas, fotografía coloreada de principios del siglo XX del muelle del Grau del puerto de Valencia.



La auténtica Valencia litoral

Flor de mayo, la novela de Blasco sobre el Cabanyal-Canyamelar cumple 110 años

Josep Vicent Boira

■ VALENCIA

FOTOS: LEVANTE - EMV

HACE exactamente 110 años, en 1895, Vicente Blasco Ibáñez, a los 28 años de edad, publicaba en el diario republicano fundado por él, *El Pueblo*, la novela que mejor ha descrito el Cabanyal-Canyamelar de tiempos pasados: *Flor de Mayo*. Pocos años después, Prometeo la lanzaba en una edición ya clásica a la que hace referencia nuestros comentarios. En este aniversario, resulta interesante observar esta novela a la luz de los cambios que se introducen con las nuevas expectativas de la Copa América 2007 y los proyectos para el litoral de equipos como el formado por Jiménez de Laiglesia.

En la novela de Blasco, los protagonistas son muy variados: el puerto de Valencia, el Cabanyal-Canyamelar, Argel, el Mediterráneo, els *Columbrets*, la propia capital... Blasco tejió una densa y compleja red de relaciones entre estos espacios. Pescaderas vendiendo en Valencia, marinos pescando en el mar, cigarreras andando hacia la fábrica, contra-

bandistas y carabineros persiguiéndose mutuamente... Algunos de los hilos que unían este trabado mundo se han roto para siempre, como el pacífico y rico contacto que se producía entre la sociedad valenciana de finales del siglo XIX y el norte de África. Otros, en cambio, permanecen, como las relaciones diferenciales entre la ciudad y el Cabanyal-Canyamelar o la más general de Valencia con el mar, asignaturas ambas todavía pendientes, pues ¿es natural que hoy ni el mar ni la dársena del puerto se vean desde calle alguna del Cabanyal-Canyamelar, justamente el barrio que le dio origen y nutrió de vida? En su lugar, grandes edificios acristalados reflejan la figura del observador situándole ante su propia soledad.

Al leer a Blasco ciento diez años después, se aprecia con dolor la banalización de nuestro puerto y en general de la vida marítima valenciana. Y la pérdida de memoria, a falta de la eterna demanda jamás atendida de un Museo Marítimo local, se vuelve descorazonadora. Los viejos laúdes de la pesca del *bou* descritos por Blasco, con sus pesados y fuertes bueyes, han sido



Portada de una de las primeras ediciones de «Flor de mayo».

Al leer a Blasco ciento diez años después, se aprecia con dolor la banalización de nuestro puerto y en general de la vida marítima valenciana.

sustituidos por modernas embarcaciones de afiladas líneas y el noble y generoso trabajo de las sociedades de pescadores del Progreso pescador han cedido su lugar al diletante ir y venir de ociosos marineros de diseño. Como triste metáfora, la vieja estación de pesca desaparecerá para dar entrada, nunca mejor dicho, al canal que unirá la dársena con el mar abierto.

Cuando los modernos barcos de la Copa América desfilen orgullosos por la dársena de nuestro puerto, ¿será alguien capaz de recordar por un instante que en esas mismas aguas, decenas y decenas de pescadores y marineros del Cabanyal-Canyamelar y de otros lugares del mundo, ingleses, noruegos, franceses..., sufrieron y perecieron en días de fuerte viento de levante? Desgraciadamente, hoy en día, la única justicia histórica con estos muertos y con el drama de las mujeres del pueblo llorando a sus maridos, padres e hijos la proporciona esta novela de Blasco Ibáñez.

“¿Aún les parecía caro el pescado?” (p.264) gritaba una de las protagonistas de la novela mientras amenazaba con su puño a la torre del Miquelet, símbolo de una Valencia que siempre ha visto a su puerto y a los poblados marítimos como un instrumento de riqueza económica propia. ¿Es casual que *Flor de mayo* fuera publicada sólo dos años antes de la anexión de Vilanova del Grau y Poble Nou de la Mar a Valencia? ¿Existe todavía algo de esta incompreensión hacia su litoral por parte de la capital? Ante la muerte de un pequeño pescador—“fill meu, fill meu”, llora Dolores, una mujer desesperada en la novela—, se lanza ese desafío a Valencia, a la ciudad que todavía tenía el mal gusto de regatear el precio del pescado que tanto sufrimiento costaba. ¿Quién recuerda este Cabanyal-Canyamelar de dolor y padecimiento? Se suele decir que Valencia ha vivido de espaldas al mar. Pero no es verdad. Lo que ocurre es que Valencia ha perdido su memoria del mar y ha olvidado el dolor y el sufrimiento que engendraba. Porque nadie lo ha recordado desde Blasco Ibáñez y porque no hemos tenido la decencia de explicarlo a nuestros hijos en un Museo Marítimo que recogiera estas historias.

Flor de mayo habla de vida y de muerte, de un barrio miserable donde nadie sabía pronunciar un medio castellano decente a finales del siglo XIX, casi doscientos años después de la derrota de Almansa y a dos kilómetros del principal centro de castellanización del país. Un pueblo de gente pendenciera y ruda, de *got i punyal*, siempre expuesta a la pelea o a propinar una paliza a la mujer “para que se curara de celos” (p.121). La novela habla de una gente que se movía en el Mediterráneo como en casa, que veía Argelia como la “costa d’afora, como si se tratase de la acera de enfrente, como quien dice a la pared de enfrente de aquella casa azul y mudable que tantas veces cru-

zaban como pescadores” (p.97). Un Cabanyal-Canyamelar que miraba —¿todavía lo hace?—, con cierto desdén a la gente de la ciudad de Valencia que, como si de Madrid viniesen, descubren el Mediterráneo en cada visita a la playa: “Los hombres de mar miraban desde el otro lado de la acequia la alegre invasión, sin mezclarse con ella. ¿Que se divirtiese mucho la gente de la ciudad!” (p.156).

Russafa ha muerto, Benimaclet no existe, el Grau es un recuerdo de ron añejo, viajes comerciales y devoción al *Negret*, Campanar está cercado por los nuevos barrios acorazados, islotes defendidos por murallas, guardias y cámaras... ¿el Cabanyal-Canyamelar podrá resistir mucho más? Con un puerto perdido irremisiblemente por ahora, sólo la playa es capaz de permitir imaginarse todavía la vida de *Flor de mayo*, apacible en un sosiego de verano y chicharra, mortal en un temporal de levante otoñal.

¿Nos arruinará también nuestra playa el empuje comercial del puerto? ¿Tendrá que venir en ayuda de Sorolla y de Blasco la ingeniería de costas con sus *by-pass* de arena? ¿Los edificios de Nouvel serán capaces de saldar la asignatura pendiente de Valencia?

En cualquier caso, la novela de Blasco nos enseña que no es recomendable burlarse del Cabanyal-Canyamelar y que, desde Valencia, el problema tal vez se vea de forma diferente. Blasco lo sabía: “A burlarse de una fiesta tan antigua como el mismo Cabanyal... ¡Señor! De Valencia habían de ser para atreverse a tanto” (p.115).

Leamos a Blasco, cien años después. Leámoslo en castellano o en catalán, pues en 1926, la editorial barcelonesa Mentora publicó una edición muy bien traducida por un valencianista, Miquel Duran de València, seudónimo de Miguel Duran i Tortajada (1883-1947), dentro de la colección Europa. Es magnífico que Jean Nouvel, José Miguel Iribas e Ignacio Jiménez de Laiglesia sean capaces de crear nuevas fronteras para nuestros barrios marítimos con su *Valencia Litoral*, pero tengo la duda de si han leído, para ello, la auténtica Valencia litoral, de si han leído a nuestros clásicos o si, en cambio, han tejido, como tantos otros, sus propuestas a partir de análisis globales indiferentes a la geografía particular y al ritmo de los hechos local. Desgraciadamente, ya nadie lee a Vicente Blasco Ibáñez, quien, sin embargo, ha sido el que mejor ha descrito la relación, de amor y odio, de Valencia con el mar.

Los paisajes locales no se hacen sólo a base de estructuras en tres dimensiones y líneas arquitectónicas: el paisaje local tiene una dimensión cultural que viene dada por la superposición de memoria, conflicto e interés a lo largo de mucho tiempo. Leamos, pues, a Blasco, con intuición y sensibilidad, ciento diez años después.

Pepón Sigler (Valencia, 1959) ha sido director de arte de numerosas películas y series de televisión. En su trayectoria profesional también destaca su participación en largometrajes de Pedro Almodóvar, Luis García Berlanga, Luis Alcoriza, Miguel Albadalejo y Álvaro Fernández Armero, realizando labores muy diversas, desde ayudante de decoración en sus inicios hasta productor ejecutivo en los últimos años.

Hace unos meses, fue nombrado presidente de la asociación Productors Audiovisuals Valencians (PAV), un cargo desde el que pretende racionalizar el funcionamiento de la industria cinematográfica valenciana y establecer unas fluidas vías de diálogo entre los productores a los que representa y las diversas administraciones implicadas en el sector audiovisual.

Lucas Soler ■ VALENCIA
FOTOS: FERNANDO BUSTAMANTE

—¿Cómo empezó en el cine?

—A principios de los años ochenta, cuando estudiaba tercer año de Arquitectura, decidí montar un bar en la calle Salamanca con unos amigos. Casualmente, una noche acudieron al local los actores y el equipo de producción de la *Maldición de la Pantera Rosa*, de Blake Edwards, que se estaba rodando en Valencia. Entre ellos estaban Roger Moore, David Niven y la hija de Reagan. Los de producción me propusieron encargarme de la figuración

«El dinero público que se está invirtiendo en la Ciudad de la Luz debe revertir en la industria valenciana del cine»

en Valencia. Necesitaban centenares de figurantes y los encontré dentro de la clientela del mismo bar. A partir de aquella película entré en contacto con el mundo del cine. Empezaron a llamarme para trabajar como ayudante de decoración en anuncios publicitarios y en películas valencianas. Poco después me instalé en Madrid, donde trabajé con directores como Pedro Olea y Jaime Chávarri. También trabajé en *Átame*, de Pedro Almodóvar, y en *La sombra del ciprés es alargada*, de Luis Alcoriza. Paralelamente a mi labor cinematográfica, empecé a colaborar en las primeras series televisivas de Antena 3 *Quién da la vez*, *Éste es mi barrio*, *Manos a la obra*, y Canal Nou, lo que me permitió trabajar con Carles Mira en *Russafa 56*, una de las primeras producciones de ficción de la televisión autonómica.

—¿En qué consiste la labor de un director artístico?

—El rodaje de una película es como una pirámide, cuyos tres vértices fundamentales están constituidos por

los directores de producción, fotografía y arte. El trabajo de director artístico es de una gran responsabilidad, puesto que la estética de la película depende de ti y manejas grandes presupuestos y medios técnicos. Nuestro trabajo depende mucho de la lectura del guión y luego del diálogo con el director para saber exactamente qué película es la que se quiere hacer.

—¿Resulta difícil trabajar en el cine desde Valencia?

—En mi caso, nunca he tenido problemas. Abandoné Madrid hace ya casi diez años para instalarme de nuevo en Valencia y siempre he tenido trabajo.

—¿Qué diferencias encuentra de trabajar en cine o en televisión?

—La única diferencia es que en televisión aparcas siempre el coche en el mismo sitio y a la misma hora. Trabajas en un estudio y con unos horarios fijos. En el cine, en cambio, puedes estar rodando a las tres de la mañana en una montaña nevada de los Pirineos. Nunca sabes dónde puedes estar trabajando al día siguiente. El trabajo en el cine es más gratificante puesto que siempre se ha considerado a nivel artístico en una escala superior a la televisión. Pero básicamente podríamos decir que tanto en cine como en televisión siempre es una labor muy de equipo que tiene una magia especial.

—¿Por qué decidió usted presentarse a presidente de Productors Audiovisuals Valencians (PAV)?

—Tenía ganas e ilusión, suponía un nuevo reto en mi trabajo y pensé que podía aportar ideas nuevas. Me presenté y los asociados de PAV me votaron.

—¿Detecta algún cambio de sensibilidad en Canal 9 hacia el audiovisual valenciano desde su nombramiento como director del PAV?



ENTREVISTA

Pepón Sigler

Presidente de Productors Audiovisuals Valencians

“ El rodaje de una película es como una pirámide, cuyos tres vértices fundamentales están constituidos por los directores de producción, fotografía y arte.

“ Es importante que la Ley contemple el fomento a la formación de profesionales del audiovisual.

“ Más que de cine, deberíamos hablar de producción valenciana. Desde hace unos años, la producción se está reestructurando y está en un esperanzado proceso de crecimiento.

“ El acudir a los Tirant es una fiesta para toda la gente del cine valenciano, y un muy buen momento de hacer la carta de intenciones de principio de año.

—He notado una actitud muy receptiva en cuanto a escuchar nuestras ideas y estudiar los proyectos de los productores valencianos. Es de esperar que esa buena disposición se traduzca luego en proyectos concretos. Lo importante es trabajar juntos para conseguir que la parrilla de programas que tiene la televisión valenciana ahora mismo vaya mostrando al 100% y sin complejos las excelentes producciones que ya

hemos demostrado podemos hacer desde la Comunidad y podamos permitir a productores de fuera volver a facturar y pagar sus impuestos en sus comunidades de origen y no aquí. Es cierto que se necesita algo de tiempo para eliminar lastres y poder cumplir los objetivos propuestos, pero también es cierto que los productores valencianos no somos entidades financieras y precisamos tener muy clara cuál es la postura de defensa de nuestros productos por parte de la televisión.

—¿Hay armonía entre los profesionales que conforman el sector de la producción valenciana?

—En tiempos pasados, se han sucedido momentos de cierta tensión, pero creo que ahora estamos todos convencidos de que debemos trabajar unidos.

La junta directiva de la asociación así lo demuestra al formar parte de ella asociados que conforman el más amplio abanico de empresas e ideologías. Creo que hemos conseguido eliminar la mayoría de dudas que pudieran haber y las que vayan surgiendo las iremos tratando juntos, es una cuestión de trabajar y nada más.

—¿Cómo definiría las relaciones de su asociación con la Administración?

—La PAV mantiene un diálogo permanente con un complejo entramado administrativo en el que figuran Presidencia, el Instituto Valenciano de Finanzas, el Instituto Valenciano de Artes Cinematográficas, las universidades, RTVV y las consellerías de Cultura, Industria y Turismo. Nuestra labor consiste un poco en coordinar e informar a todas estas instituciones de la actividad y los proyectos de la industria audiovisual valenciana, que también tiene una estructura compleja, puesto que intervienen productores, empresas de doblaje y sonorización, servicios, animación, directores, guionistas, actores, músicos, traductores y equipos técnicos.

—¿Qué papel deben jugar los productores valencianos dentro de la Ciudad de la Luz?

—La Ciudad de la Luz es uno de los proyectos cinematográficos más ambiciosos de Europa. Nuestra labor consiste en ejercer de enlace con productores extranjeros, fomentando la coproducción e implicándonos como productores locales. El dinero público que se está invirtiendo en la Ciudad de la Luz debe revertir en la industria valenciana del cine. Es imprescindible nuestro protagonismo, puesto que vamos a ser de gran ayuda para quienes vengán a rodar sus películas a la Comunidad.

—¿Se les está teniendo en cuenta en la redacción de la Ley del Audiovisual de la Comunidad Valenciana?

—Ya hemos comunicado todas nuestras propuestas para la redacción del anteproyecto de la Ley al conseller de Presidencia, Esteban González Pons, y a todos los representantes de los partidos políticos para conseguir el máximo de consenso con ellos. Es necesario que la legislación tenga en cuenta la creación de un Consorcio del Audiovisual, que sea nexo de comunicación y coordinación

entre todos los sectores que forman parte de la industria, ya sean públicos o privados. También es conveniente que se cree una especie de Film Commission que aglutine a toda la Comunidad Valenciana, que sería la entidad responsable de captar proyectos internacionales y de orientar a las productoras extranjeras que deseen trabajar en Valencia. Finalmente, es importante que la Ley contemple el fomento a la formación de profesionales del audiovisual, porque estamos en un momento crucial en que se está produciendo el cambio del formato analógico al digital.

—¿Cuál sería su diagnóstico sobre el cine valenciano en el momento actual?

—Más que de cine, deberíamos hablar de producción valenciana. Desde hace unos años, la producción se está reestructurando y está en un esperanzado proceso de crecimiento, el número de productoras crece constantemente.

Hemos conseguido cerrar un acuerdo con TVE para que compre 4 largometrajes y 3 documentales valencianos al año y ahora comenzamos a trabajar en un acuerdo parecido con la Forta (televisiones autonómicas), en cuanto lo tengamos podríamos casi asegurar un mínimo de 6 a 8 películas al año de producción valenciana.

Esto unido a establecer con TVV un calendario de producción anual daría a la industria la estabilidad necesaria para asegurar puestos de trabajo para muchos técnicos y artistas valencianos.

—¿Qué ha supuesto un premio como el Tirant en su trayectoria?

—Tengo ya tres premios Tirant. Para mis hijas han sido motivo de gran alegría y casi forman parte de nuestra tradición familiar, el acudir a los Tirant es una fiesta para toda la gente del cine valenciano, y un muy buen momento de hacer la carta de intenciones de principio de año mientras se van repartiendo los premios de la cosecha de producciones del anterior.

—¿Cuál son sus últimos proyectos audiovisuales?

—Estoy totalmente inmerso en el trabajo de la PAV, pero aún así he presentado en la sección oficial de largometrajes del Festival de Comedia de Peñíscola *El mundo alrededor*, de Alex Calvo Sotelo, una película en la que he intervenido como coproductor. También estoy preparando una *TV movie*, una comedia romántica de carácter musical para Canal Nou, que se empezará a rodar en julio. Además, trabajo en una película para el público infantil y en un largometraje en cuya escritura está trabajando un guionista cubano. No me faltará trabajo hasta 2007. Mi idea es producir al menos un largometraje al año.

—¿Se animaría a dirigir una película?

—Después de más de veinte años en el mundo del cine, me doy cada día más cuenta de que es un cometido muy difícil, de una gran responsabilidad y en el que debes saber muchísimo. Si fuese un joven inconsciente, tal vez me atrevería a lanzarme al ruedo. En todo caso, siempre es una puerta que permanece abierta.



Carmen Amoraga
pmaspmenos2004@yahoo.es

PALABRAS MÁS, PALABRAS MENOS

Nada es lo que parece

VAYA por delante que a mí Nacho Vidal me da un miedo horrible. Ya desde que le dijo a Mercedes Milá, creo, que usaba un vaso de cubalibre para medirse (la) me quedé impresionada. Desagradablemente. Por lo del cubalibre, que me parece una palabra de lo más horterera, y también por el objeto de la medición. Madre mía, qué susto. Y eso que yo sé que las mujeres, comprensivas como somos desde el dedo meñique de nuestro pie hasta el pelo más endeble de nuestra cabeza, tenemos un cuerpo diseñado para adaptarnos al del hombre. Porque la naturaleza es sabia, y de la misma manera que le da un órgano sexual (quiero ser fina) en forma de sacacorchos a los cerdos para que se queden como enroscados en las cerdas y se aproveche hasta la última gota de su esperma, porque de los cerdos, ya se sabe, se aprovecha todo, a la mujer la ha dotado de una vagina que se adapta por lo ancho, por lo estrecho, por lo largo o por lo corto al pene que le toca en suerte o en desgracia.

Pero aun así, aún con este aire a lo Lorena Verdún que se me queda después de escribir esto, yo siento un pavor infinito ante la sola idea de tener cerca a Nacho Vidal. Cerca y desnudo, se entiende, porque cerca y vestido, ya lo he tenido alguna vez y aunque también me ha dado miedo ha sido un miedo distinto porque la gente vestida pierde mucho, no sé si lo han pensado alguna vez; bueno, más que perder, la gente vestida representa que es cosas que muchas veces no es, como los esclavos de la moda, por ejemplo.

El Nacho Vidal que yo he tenido cerca, vestido no parecía que fuera a usar un vaso para medirse nada, sino más bien para tirártelo a la cabeza a la primera de cambio, porque Nacho Vidal tiene una pinta de bruto de barrio que echa para atrás y si no fuera porque sabes que ha rodado más de tres mil pelis porno, pues no pensarías que fuera para tanto. Pero las apariencias, ah, amigos, engañan. Porque sí es para tanto, que todos lo hemos visto, no se me vayan a hacer los cultoretas que nunca han visto una película guarras ni un programa del corazón, y aún en el hipotético caso de que quedara algún virgen del porno por ahí, siempre podemos echar mano del vídeo de *Velvetina* de Miguel Bosé en el que nuestro protagonista (Nacho Vidal) nos en-

seña el miembro (fina, otra vez) en plan Christopher Atkins en *El lago azul*, que, por cierto, fue la primera vez que ví una (lo pongo en cursiva, para que capten que sigo queriendo ser fina), porque aquella tarde que pillé a un señor haciendo pis en la plaza de toros portátil de mi pueblo no cuenta porque dejé de mirar enseguida. Bueno. A lo que íbamos: que Nacho Vidal no es lo que parece. Porque, y ahora viene el mensaje que quiero propagar en este artículo, Nacho Vidal es un sentimental que va a dejar el porno por amor. Ay. Por amor. Porque se va a casar el viernes que viene con una modelo colombiana que se llama Francesca Jaimes (se lo dejo por escrito porque siempre puede venir bien tener un par de nombres en la reserva para mantener la conversación cuando ya no sabes de qué hablar) y dice, Nacho, que ninguna mujer, por más liberal que sea, podría soportar que su marido estuviera con otra o con otras (sic). Yo pienso lo mismo: no lo podría soportar. Ahora, que si mi futuro marido se (la) midiera como se (la) mide él, pues casi que preferiría que llegase a casa tan cansado de trabajar que no quisiera ni tocarme un pelo. Claro, que es que a mí, Nacho Vidal me da un miedo horrible, y eso que ya sé que casi nada es lo que parece.

La gente vestida pierde mucho, no sé si lo han pensado alguna vez; bueno, más que perder, la gente vestida representa que es cosas que muchas veces no es, como los esclavos de la moda, por ejemplo



Christopher Atkins en «El lago azul».



Alfons Cervera

DESDE LA FRONTERA

Camisetas

PARA ir al fútbol hay quien se lleva el bocadillo envuelto en papel de plata y otros que se llevan palos y puños de hierro envueltos en su obscena parafernalia de gritos fachas y banderas pintadas con el águila de Franco. Las gradas de los estadios braman sus lealtades deportivas escritas desde un corazón lealmente emocionado y entre esas lealtades se esconden los de los palos para arrear estacazos a lo que se les ponga por delante. El día en que jugaban el Levante y el Valencia, no hace mucho, los de la peña valencianista Yomus sacaron una pancarta donde recordaban el asesinato del joven Guillem Agulló un día aciago de Pascua en Montanejos. Ahí estaban, esgrimiendo su semiótica violenta, inhumana, adorando su musculatura con el odio inacabable a quien piensa de manera diferente. Desempolvieron la muerte de Guillem para que sepamos todos que ellos siguen ahí, escarbando en esa palabrería cafre que fija el código aberrante de los desalmados, pegando como locos cuchilladas trapearas al alma del deporte. Porque a ellos el fútbol les importa un pito: sólo es la excusa que les sirve para erigir allí un monumento a la vergüenza. Mientras el balón se desliza por la hierba, los Yomus miran de reojo al vecindario para ver dónde hay



FOTO: FERNANDO BUSTAMANTE

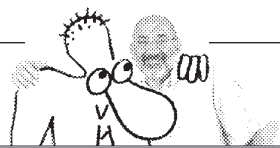
alguien que se cague encima cuando ellos lo amenacen. Y no es eso lo malo, no sólo es eso lo malo. Lo malo es que gozan de una impunidad que pone los pelos de punta. El club les regala entradas (o al menos se las regalaba), les paga viajes para acudir a los campos forasteros (o al menos se los pagaba). Ahora acabo de leer en este periódico que los jugadores les regalan amablemente sus camisetas. Tengo delante la fotografía escandalosa: desde el césped, Albelda, capitán del equipo, lanza su camiseta a los Yomus. Así de simple, así de inconcebible esa complicidad entre un joven y extraordinario deportista y unos individuos que usan el fútbol como campo

Para ir al fútbol hay quien se lleva el bocadillo envuelto en papel de plata y otros que se llevan palos y puños de hierro envueltos en su obscena parafernalia de gritos fachas y banderas pintadas con el águila de Franco

de batalla. No sé si sabe Albelda quién es Guillem Agulló. Se lo puedo explicar, si quiere. O que lo pregunte, que pregunte a los Yomus quién se llamaba así el día en que un

grupo de fascistas le rompieron hace años el corazón en Montanejos: sólo porque Guillem amaba la libertad y sus agresores la odiaban a muerte. Cuando veo el gesto del futbolista y la camiseta volando hacia la grada, me entra un gusano de tristeza por la boca. En aquel mismo partido, otros jugadores del Valencia hicieron lo mismo que su capitán. Yo no soy nadie para decirles a quién han de regalar sus camisetas o lo que les dé la gana. Pero sí para decirles que regalar algo a quienes desatan su vocación agresiva en los estadios y fuera de los estadios no es de recibo. He visto al mismo Albelda visitar hospitales, aliviar tantas veces el dolor en los cuartos

infantiles de la desesperación: ¿y cómo puede ser esa misma persona la que en un gesto de camaradería les lanza su camiseta a quienes levantan una pancarta de admiración a los asesinos de Guillem Agulló y nos recuerdan, de paso, que todos podemos caer en ese saco si nos gusta la libertad como le gustaba a Guillem a sus escasos dieciocho años de vida? Ojalá se acabara de una puñetera vez esa complicidad entre el mundo del fútbol y quienes se aprovechan de él para sembrar la violencia. Ojalá la gente que entra en un estadio sólo llevara en las manos el inocente bocadillo envuelto en el papel de plata de su entusiasmo deportivo. Ojalá.



Antonio Ortiz

LA SEMANA DE ORTIFUS

Buscan a los autores del incendio de cinco contenedores en menos de una hora

De España: «Que sean felices aunque la novia no me guste»

SI QUE SE HAN CONSADO DE BUSCAR PRONTO

ES MÁS PROBABLE QUE NO LE GUSTES TÚ A ELLA

ORTIFUS

